

La revolución pendiente

Silberio Sáez y Santiago Frago *

Desde el pasado Octubre, en el Instituto AMALTEA de sexología hemos puesto en marcha un servicio de Asesoría Sexológica para Mayores. Este servicio se presta desde el Área de Mayores del Ayuntamiento de Zaragoza y se ha complementado con talleres (de seis sesiones cada uno de ellos) en 6 centros de convivencia para Mayores del Ayuntamiento de Zaragoza y la Diputación General de Aragón respectivamente.

Nuestra idea al escribir estas letras es ofrecer unas líneas de reflexión sobre lo que ha sido nuestra llegada sexológica a este ámbito. Más allá de “sentar cátedra”, buscamos compartir con nuestros colegas las primeras impresiones de nuestro trabajo, y por qué no decirlo, alguna sorpresa que ayude a excitar, incitar y provocar, parafraseando a un viejo sexólogo.

Cuando preparamos el proyecto, caímos en la cuenta de algo que sospechábamos: la escasez de estudios rigurosos y el acercamiento exclusivamente actitudinal, cuando no “paternalista” y “reivindicativo”, a la sexualidad de los mayores. Así por ejemplo, al escribir “Los Caracteres Sexuales Terciarios”¹ comprobamos cómo al llegar a la vejez las referencias bibliográficas empezaban a escasear, sino en cantidad –el mundo editorial es inmenso– sí en lo referido a temática y variedad de enfoque. Se dice y se reitera que “existe” y es un “derecho”, pero apenas sabemos

“cómo” se expresa, “qué” se demanda, “cuánto”, “qué lo facilita”, “qué lo dificulta”...

Es decir, en un primer análisis, podríamos decir que a esta erótica habría llegado la “liberación actitudinal”, pero aún no la ciencia sexológica. Algo que, curiosamente, tampoco tenemos claro. Creer que algo ha sucedido, no es la “constatación” de que efectivamente haya sido así, sino solamente eso, una creencia. Y con ella accedimos al colectivo que hoy nos ocupa.

Cuando algo innegablemente existe (no sólo eso, sino que forma parte de lo cotidiano y de la realidad de un importante grupo social) y a pesar de ello sigue siendo desconocido, poco estudiado e ignorado, denota que hay algo que nos asusta y hace que deliberadamente volvamos la vista hacia otro sitio. Todos sabemos que está ahí, pero ninguno queremos mirar ¿Por qué?

Freud tuvo el valor de plantear a principios de siglo la sexualidad infantil. Supuso tal conmoción en su tiempo que hoy nadie niega que ha sido una revolución en el conocimiento del ser humano y su sexualidad. Estamos en los albores del siglo XXI y sigue siendo una anécdota un planteamiento científico de la sexualidad de los mayores. ¿Por qué? Freud no descubrió la sexualidad infantil; estaba ahí, sólo que él la quiso ver. Nadie descubrirá la sexualidad de las personas

mayores; siempre ha estado ahí, pero ¿Por qué todavía no se la quiere ver?

Si queréis, acompañadnos: os invitamos a reflexionar con nosotros sobre ello. No trataremos de buscar respuestas (¡no somos tan osados!), sino de todo lo contrario: de cuestionarnos por qué no se hacen preguntas.

1.- El lenguaje: cuestión de fondo o cuestión de forma. El primer obstáculo para reflexionar sobre los mayores (y sobre muchos otros colectivos) consiste en decidir qué términos usar: *viejo*, *anciano*, *mayor*, *tercera edad*, *persona longeva*, *antiguo*...? Empezamos con *viejo*, el término empezó a sonar despectivo y se cambió. Seguimos con *ancianos*, con *tercera edad*, los términos empezaron a sonar despectivos y se cambiaron. Seguimos con *personas mayores*, ya está empezando a sonar mal... Curiosamente los mayores se “revuelven” ante el término jubilados, que etimológicamente hablando es precioso, impecable, positivo y jovial (Del lat. *iubilatio*, -nis. f. ant. Viva alegría, júbilo). Por ahora, parece que estamos “tranquilos” con el término “mayores”..., pero nos tememos que también sonará mal y se cambiará.

Alguno pensará ¿Y qué más da? Pues sí que da. No se puede pensar que el maquillaje cambia la esencia. Lo importante no son sólo los términos, sino lo que hay dentro de ellos. ¿Acaso es despectivo el término “joven”? Me temo que no. Lo que se rechaza es el hecho de ser mayor en sí mismo, da igual el término que elijamos, por eso siempre irá tomando un matiz de desprecio que nos hará cambiar un término por otro. Pero que nadie crea que con ello mejorará la visión del hecho de ser mayor. Una cosa es el “parecer” y otra el “ser”. Pretender cambiar el “ser” modificando sólo el “parecer”, es como tratar de curar una hepatitis con un maquillaje facial que disimule el color amarillo. Lo que se esconde debajo es la discriminación, y si no se soluciona ésta importa poco, o no tanto como se cree, la etiqueta que se use.

2.- El modelo de sexualidad. Si hacemos caso a las referencias que los medios de comunicación ofrecen acerca de la sexualidad nos encontramos con un mensaje muy concreto: la sexualidad es exclusivamente juvenil, exclusivamente genital-coital y exclusivamente reservada a cuerpos esculturales. Con este criterio la sexualidad de los mayores está en las antípodas del *modelo deseable*. ¿Pero eso quiere decir que no existe? ¿Los medios de comunicación reflejan la realidad o también la crean? ¿Qué hacemos si a alguien no le coincide su *realidad* con la *realidad creada*?

A lo largo de muchos cursos de Educación Sexual estamos un poco cansados de escuchar cómo la gente dice que la Sexualidad es en ocasiones un tema tabú. Tabú es lo indecible, lo intocable, lo intratable e invisible pero existente. ¿Alguien se atrevería a decir que no ha visto en los medios de comunicación, publicidad, revistas... referencias y escenas sexuales?

Lo que probablemente no haya visto, y ahí está el tabú, sean escenas o referencias sexuales de personas por encima de 60 años ¿Recordamos con facilidad alguna escena sexual de alguna película? ¿Hemos visto en la

TV muchos cuerpos desnudos de personas mayores? La estética no existe, pero se crea; y los mayores han sido desterrados de este reino. ¡Cuidado! Si alguien osa burlar el destierro corre el peligro de ser tachado de: *viejo verde, ¡A tus años, sólo puede ser vicio!, es feo y poco agradable* (¡Cómo si nuestro objetivo en la vida fuese hacer postales o *agradar sólo a los demás!*)

3.- La ignorancia científica. Es más lo que no sabemos que lo que sabemos. El estudio de la senectud como un periodo sexual evolutivo y no sólo como una época terminal de la vida comenzó en la década de los años sesenta. Estamos pues en paños menores en lo que se refiere a un conocimiento riguroso y serio de la cuestión. Si buscamos libros de Educación Sexual, Anticoncepción, Terapia de Pareja... no nos faltará qué comprar. Si buscamos libros específicos de la sexualidad en la vejez la oferta se reducirá drásticamente; no podemos menos que preguntarnos por qué.

4.- La brusquedad de la jubilación. Si a cualquiera de nosotros (jóvenes y adultos) nos dijese que a partir de mañana dejaríamos de realizar bruscamente nuestras actividades cotidianas, tal vez esbozaríamos una sonrisa de placer; pero a los 3 meses estaríamos aturridos, abatidos y probablemente nos sentiríamos un poco inútiles. Crecer es progresivo, y como tal se pasa de unas fases de la vida a otras de forma paulatina. No se pasa de ser niño a ser joven bruscamente. Tampoco uno se hace adulto de la noche a la mañana: Se acaba la etapa escolar, se va entrando en el mundo del trabajo poco a poco, llegan las relaciones de pareja, cada vez más estables, después la convivencia, después tal vez los hijos, la familia... Pero en todos estos cambios hay periodos de transición que facilitan y ayudan a aclimatarse a la situación venidera.

Curiosamente hay una excepción: la jubilación. Tiene una fecha marcada en el calendario. Hoy trabajas 8 horas y mañana ninguna. Hay que reelaborar bruscamente toda la vida

cotidiana, el sistema de relaciones, la capacidad económica... Y esto es curiosamente sexuado, dado que el nivel de ocupación laboral extra-doméstica es diferente en hombres y mujeres.

5.- La necesidad de rehacer la vida afectiva. Los cambios en la pareja sexual, por la muerte de un miembro, son algo muy importante. Cuando se es niño la fuente que asegura el afecto son los padres; pero cuando se es adulto la fuente que asegura el afecto es el otro miembro de la pareja. Si se pierde uno de los miembros se pierde una fuente de afecto, y esto es muy importante para el posterior desarrollo. Los viudos y viudas, solteros y solteras en estas edades, difícilmente pueden disponer de compañero sexual aunque lo deseen. La actitud social suele ser muy restrictiva, creando dificultades sobreañadidas. Por otra parte los propios ancianos, en ocasiones, se convierten en críticos despiadados de quienes ponen de manifiesto sus intereses sexuales. Y de esto damos fe, aunque también reconocemos que tras la primera reacción viene el análisis más fino y el cuestionamiento. Pero para esto segundo, es necesario que alguien ayude, oriente y permita salir de aquello primero. Para colmo, existe mayor proporción de ancianas que ancianos; pero los convencionalismos sociales respecto a la edad van en contra de éstas: la mujer debe casarse con hombres mayores o de igual edad, mientras que los varones tienden a casarse con mujeres más jóvenes.

6.- El cultivo. La sexualidad, como casi todo, es un cultivo. Cada uno cosecha y recoge lo que ha cultivado. Quien mime su sexualidad y sus expresiones, quien tenga recursos más allá de los coitales, quien sepa extraer y disfrutar de la ternura que la totalidad del cuerpo pueden comunicar... seguirá disfrutando de su sexualidad aunque la capacidad coital se vea reducida (“*¿Qué más da!*” pensarán quienes así lo hayan hecho). Quien entienda que su sexualidad se limita o reduce a la genitalidad, que pierde interés más allá de lo reproductivo, quien considere como única

alternativa el coito..., cuando encuentre la más mínima dificultad se sentirá frustrado, sin recursos (*¿Qué hago ahora?*) y abandonará su propia sexualidad. Que tampoco espere que al llegar a la vejez ésta resurja.

7.- La verdadera revolución. El número de ancianos es cada vez mayor. El aumento de la esperanza de vida y la disminución de los nacimientos, hacen que los ancianos hayan dejado de ser una minoría para ser uno de los colectivos sociales más numerosos e importantes (miren cómo los políticos en campaña electoral prometen *asegurar las pensiones de jubilación*). La propia vejez es un periodo que dura más tiempo y por tanto las demandas de los mayores irán siendo más amplias. Existen toda una serie de factores que podrían enriquecer la sexualidad de los ancianos: liberados de las preocupaciones y esfuerzos de la profesión, del cuidado de los hijos, sin miedo al embarazo, con tiempo para uno mismo... se podría adoptar un estilo de vida mucho más cómodo y placentero. Todo ello puede contribuir a que las relaciones sexuales se vean también favorecidas y comprendidas. Defender el derecho a la sexualidad de los ancianos es defender nuestro propio futuro. Aunque no sea más que por egoísmo: los adultos de hoy somos los viejos del mañana.

Para contar esto, no necesitábamos haber trabajado directamente con personas mayores. No hemos expuesto grandes novedades para los sexólogos que nos lean, pero como hemos prometido cierta excitación y provocación... vayamos con ello.

Aunque habrá que validar nuestras afirmaciones con un mayor tiempo de ejecución, a modo de anticipo exponemos algunas “evidencias” y “sorpresas”.

- La vejez es abrumadoramente femenina (más esperanza de vida, mayor implicación en redes

sociales y familiares... en las mujeres), pero los intereses “sexológicos” nos ponen en otra realidad. Los usuarios de la asesoría sexológica son “abrumadoramente” mayoría de hombres. Algo que no sucede ni en el ámbito de las asesorías universitarias, juveniles o en la terapia sexual dirigida a adultos.

- No se trata sólo de algo constatable en “formato asesoramiento”; en los talleres abiertos en los centros de convivencia, están acudiendo más hombres que mujeres.

Tenemos “ideas explicativas” pero hemos indicado que ofreceríamos más preguntas que respuestas; incluso haremos de las propias respuestas, pinceladas interrogatorias: ¿Significa lo mismo la erótica en la escala de valores de hombres y mujeres? ¿Siguen las mujeres mayores mediatizadas por su propia historia (pegada a la piel), más allá de los avances sociales o los “nuevos modelos de liberación”? ¿Sería éste un centro clave de trabajo en formato educativo?

- Podremos hacer un discurso “chupi-guay” tendente a limitar la importancia de lo genital en la sexualidad global. Pero una cosa es el discurso social y otra distinta la vivencia más personal e íntima. La principal demanda de los varones gira en torno a su erección. ¿Podemos mandarlos a casa o “respetar sus demandas” más allá de nuestros “ideales educativos”?
- El mundo sanitario abandona las demandas genitales masculinas, amparándose en que “lo primero es la salud”... pero ¿cómo afecta a la autoestima masculina la ejecución genital? ¿Quién y cómo se les atiende?
- Nos tememos también que no tiene nada que ver la vejez en un entorno urbano y la vejez en un entorno rural, en lo referido a la vivencia de la sexualidad y sus posibilidades.
- Aunque algún psicólogo se enfade, no es posible una ejecución rigurosa de un servicio de Asesoría Sexológica para Mayores sin un médico en el equipo.

- Y en los talleres hemos constatado (circunstancia ya corregida) la enorme distancia que hay entre lo que nosotros creíamos que les podíamos ofrecer, y lo que ellos parecen realmente necesitar. Y el objetivo central se ha convertido en “hablar, hablar, hablar...”; ellos, por supuesto. Algo en lo que ni siquiera habíamos reparado, o era simplemente una estrategia metodológica. Cada generación está en un punto de su viaje, aún cuando hayamos vivido la ilusión de creer que “toda la sociedad” evolucionaba al unísono. Probablemente así ha sido en un plano más “público”, pero no tanto en la realidad vivencial e íntima de los mayores. ¿Les hemos ofrecido educación sexual? ¿Hemos reparado en sus demandas y necesidades? Y sobre todo, ¿les habíamos escuchado o nos hemos limitado a “considerar y atender sus necesidades” interpretadas desde nuestros ojos?

De ahí el título de este artículo, *La revolución pendiente*. Hemos dado tan por supuesto el avance, que ni siquiera habíamos reparado en la obviedad de “comprobarlo”... ■

* Silberio Sáez Sesma. Psicólogo-sexólogo
Santiago Frago Valls. Médico-sexólogo
Instituto Amaltea. Zaragoza. silberio@amaltea.org

1.- Sáez, S. (2003) Los caracteres sexuales terciarios. Revista española de sexología. nº 117-118.

Reseña: Enrique Gil Calvo.

Máscaras masculinas. Héroes, patriarcas y monstruos.

Ed. Anagrama, S. A. Barcelona, 2006

Felicidad Martínez *

Enrique Gil Calvo continúa ahondando a través de esta obra en su interés por la construcción social de las identidades masculina y femenina y en la comprensión de las relaciones que se establecen entre hombres y mujeres a partir de esos referentes.

Estructurada en ensayos breves que constituyen unidades temáticas independientes, mantiene no obstante no solo la coherencia secuencial de los textos, sino un pulso narrativo que sostiene el interés del lector. A partir del triángulo culinario de Lévi-Strauss, el autor hace un desarrollo que le permite distinguir las dos formas antitéticas en las que se *cuece* cada una de las máscaras: héroe, patriarca y monstruo. La profusión de datos tomados principalmente de la cinematografía y la literatura, pero también de la política y sociología actual, ilustra la complejidad del planteamiento de las diversas formas que adoptan los arquetipos masculinos.

Se trata de un trabajo que, como su nombre indica y el propio autor aclara en el texto, se centra en la masculinidad, pero no sin antes situarse, no ya frente al otro sexo, sino en el ámbito de determi-

nadas tesis y posibles expectativas de las teorías de género. Es precisamente desde ese punto de vista desde donde quisiera plantear algunos interrogantes.

Podríamos reconocer como un hecho que los feminismos de la igualdad y de la diferencia han venido a coincidir en la definición de la identidad masculina en el eje de la villanía. Discriminación, maltrato, agresividad, depredación, acoso, dominación son algunas de las características que definen actualmente la masculinidad. Pero, ¿qué pasa si podemos pensar que esas son máscaras? ¿Qué sucede si ante la interpretación digital de esas cualidades surge una mirada analógica? ¿Qué ocurre si hacerse y ser hombre consiste en ir tanteando modos que dicen algo de lo que se quiere o se tiene que ser y de lo que se quiere o se tiene que ocultar? ¿Consiste el ser varón en una búsqueda de lo que lo hará creíble y, sobre todo, deseable? ¿Podría ser que las mujeres nos hubiésemos creído y hubiésemos reaccionado ante las máscaras masculinas? ¿Somos, entonces, ignorantes de su sentido y utilidad para responder a lo íntimo de nuestro deseo? ¿Nos hemos habituado a lecturas simples que nos hacen per-

der de vista la importancia de lo simbólico? ¿Es la identidad masculina algo que debemos entender justo desde lo que se oculta?

Si los monstruos representan los miedos más básicos y difusos a los que uno se tiene que enfrentar, pero también la genialidad creadora; si el héroe corre el riesgo de devenir villano o agresor o, por el contrario, quijotesco defensor de la justicia; si el seductor puede dar lugar al rufián o al bondadoso padre de familia, emprendedor empresario o reconocido político, entonces la diversidad no parece que se trate de un signo de *patología machista*.

Desde ahí quizá podríamos ver la maduración masculina como un ensayo de modelos viriles, algunos de ellos antagonicamente relacionados entre sí y que dramatizan la construcción social del dispositivo de la masculinidad.

En cualquier caso, un trabajo recomendable para todos aquellos que tenemos un interés profesional por las relaciones entre los sexos y sus puntos de encuentro y desencuentro. ■

* Sexóloga.
fmartinez@rect.ucm.es

Referencia bibliográfica

Díaz Herrera, J. (2006) *El varón castrado. Verdades y mentiras de la violencia doméstica en España*. Barcelona, Planeta.

Una extensa obra, de más de 700 páginas, donde su autor –con amplia experiencia en periodismo de investigación y diversas obras de gran éxito editorial– desarrolla un profundo y detallado repaso a los muchos desastres que en su opinión están generando las recientes políticas de igualdad y contra la violencia doméstica en nuestro país. El retrato que nos muestra es sin duda devastador, no sólo en términos de las muchas vidas y familias que están siendo innecesariamente destruidas por lo que el autor califica sin rubor de excesos, despropósitos y flagrantes injusticias de la creciente intervención policial y penal, sino por los efectos que estas medidas y sobre todo la filosofía que las sustenta están generando en la convivencia cotidiana entre hombres y mujeres. Un trabajo valiente, serio y completo, aunque en ocasiones innecesariamente politizado. Un trabajo que será de gran utilidad para todos los interesados en una revisión crítica de lo que está sucediendo en este terreno en buena parte de los países europeos. ■